

LA AZUCENA MILAGROSA,

LEYENDA

DE DON ANGEL DE SAAVEDRA,

DUQUE DE RIVAS.



MADRID.
Imprenta que fué de Operarios à cargo de D. F. R. del Castillo,
calle del Factor, *núm.* 9.

1851.

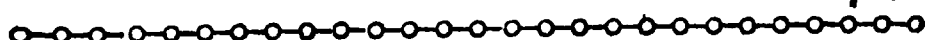
AL INSIGNE POETA

Don José Zorrilla.

Dedica esta leyenda

su amigo

El Autor.



INTRODUCCION.

Si envolviste mi nombre en el perfume
de tu *silvestre*, mágica *azucena*,
en donde se compéndia y se resume
toda la gala de tu rica vena;
de agradecida mi amistad presume,
y mi voz, aunque yá cascada suena,
el don te ofrece de sabroso cuento,
á quien dá otra azucena el argumento.

No es contender ni competir contigo,
en quien de Calderon arde la llama;
que solamente admiracion abrigo
por tu renombre y brilladora fama:
pues raros hay que desde tiempo antigo
merezcan como tú la verde rama,
que corona tu sien, claro Zorrilla,
lumbrera del Parnaso de Castilla.

¿Ni cómo competir númen helado,
que al occidente rápido declina,
con el que jóven en zenit sentado,
bebe del sol la inspiracion divina?....
oiga tu acento el orbe entusiasmado,
las nubes cruza, entre los astros trina;
mientras tocando el fin de mi viaje,
doy tibia luz á un pálido celaje.

Fé santa y verdadero patriotismo
dieron voz á los bélicos clarines,
despertando el valor y el heroismo
de los nobles hispanos paladines,
para lanzar el torpe mahometismo,
que aun del reino asombraba los confines,
la cruz plantando cual blason triunfante
de la hermosa Granada en el turbante.

Resonó por los ámbitos de España,
que el mar circunda y el Pirene cierra,
conmovido hasta la última cabaña,
el santo grito de tan justa guerra.
Y llegó pronto á una feraz campaña,
que en torno abriga de Leon la sierra,
de Nuño Garcerán antiguo estado,
por sus mayores con valor fundado.

Sobre gigante loma que domina
oscuro el bosque, fértil la llanura,
y un hondo y ancho valle, en que camina
torrente fugitivo de la altura,
el almenage carcomido empina,
y timbres y follajes de escultura,
como solo señor de aquel espacio,
presumiendo de alcázar, un palacio.

Toscos los muros son, pero en su seno
ofrecen comodísima vivienda,
con jardin á su espalda tan ameno,
como huerto de mágica leyenda.
Pues de arbustos y varias flores lleno,
y cortado por una y otra senda,
ostentaba á la vista y al olfato
brillantes tintas y perfume grato.

Y el sabroso rumor de la sonrisa
de una fuente de mármol que chispea,
y el murmullo apacible de la brisa,
y el de las verdes ramas que menea;
y eco, que los repite en voz sumisa,
y el ave que en los álamos gorgea,
formaban deliciosa consonancia
con selvas y torrentes á distancia.

Larga cadena de empinados riscos,
ó mas cerca ó mas lejos del palacio,
coronados de encinas y lentiscos,
circundan de su término el espacio.
Y desnudas de chozas y de apriscos,
mas no de nieves del invierno reácio,
cierran en derredor los horizontes
rudas cervizes de gigantes montes.

Que ofrecen en sus quiebras y recuestos
ejercicio á los perros y neblíes,
garzas y aves diversas para aquestos,
para aquellos cerdosos javalíes.
Y para el cazador ocultos puestos
dó á palomas selváticas turquíes,
y á tórtolas, amor de las florestas,
redes tender, ó disparar ballestas.

La llana y ancha vega parecia
en marzo campo inmenso de esmeraldas,
y cuando abril en ella sonreia,
alfombra de amapolas y de gualdas,
que el rojo sol de julio convertia,
inundándolo todo hasta las faldas
de los montes, en mar de espigas de oro,
cual no lo ven ni el sículo ni el moro.

Del otoño feraz frutos opimos
ostentaban los huertos y cañadas,
almíbares brotando los racimos
entre pámpanos y hojas coloradas,
no inferiores en pompa á los que oimos
que hallaron en las tierras fortunadas
de promision las tribus israelitas,
por la alta diestra de Jehová benditas.

Robustas vacas y lozanos chotos,
blando trébol y pálida retama
despuntan libres en los frescos sotos,
que no agosta jamás del sol la llama.
Y allá por los ribazos mas remotos
entre peñas buscando verde grama
de ovejas un sin número se mueve,
sin lo que fueran reputadas nieve.

Dos ó tres mil vasallos, que anhelosos
á su Señor y amparo bendecian,
ricos, felices, prósperos, dichosos,
en tan fecundo suelo enriquecian.
Sin que entre ellos hidalgos de pomposos
timbres faltáran, que guardar sabian
la comarca de injustas agresiones,
armas vestir y domeñar bridones.

Pero de aquella tierra venturosa
era el mayor encanto y maravilla,
una imágen antigua y milagrosa
de la madre del Verbo sin mancilla,
que con ardiente celo y fé piadosa,
del escelso palacio en la capilla,
veneraban aquellos naturales,
implorando las gracias celestiales.

Tal era el pingüe y decoroso estado
de Nuño Garcerán. En él moraba
del mundo y de la corte retirado,
y una dicha sin límites gozaba.
Cinco lustros su edad era, y casado
con Blanca de Agramunt feliz estaba,
amándola con vida y alma toda,
aun muy reciente su anhelada boda.

De don Fortun Señor de Berindano,
rico-home de Navarra esclarecido,
por los reveses del destino insano

¡Cuántas veces vagando entre las flores
del ameno jardin la siesta ardiente,
de sus amantes lábios los amores
dieron regalo al sosegado ambiente:
y de la hermosa Blanca los colores,
y el fuego de los ojos refuljente
de Nuño deslumbraban los encantos
de rosas, azucenas y amarantos!

Cuando al primer albor de la mañana
al esmaltar el llano y la floresta
los reverberos de carmin y grana
de nube junto al sol que nace puesta,
si ella con un azor iba lozana,
y él armando gallardo la ballesta
á recorrer el soto, por deidades
los tuviera el error de otras edades.

Y á los tibios y pálidos reflejos
de la luna en las noches del estío,
quienes á ambos esposos á lo lejos
vieran vagando por el bosque umbrío,
y oyéran de su hablar los suaves dejos
atravesar las alas del rocío,
por almas venturosas los tendrian,
que el suelo aquel á bendecir venian.



En un mundo de amor dichoso y tierno,
amor que concertaron las estrellas,
y que se juzga durador, eterno,
tan durador y eterno como ellas;
de los que solo un monstruo del infierno
puede intentar romper, ya las centellas
de los celos lanzándole, ó la nieve
de infames dudas esparciendo aleve;

Blanca y Nuño gozaban dulces dias,
teniendo de sus dichas por testigo,
que á solas no hay completas alegrías,
discreto confidente y franco amigo.
De un labrador de aquellas alquerías,
cuando Nuño nació, nació Rodrigo,
sin separarse de él desde la cuna,
asegurando asi mejor fortuna.

Pues desde el primer paso de la infancia,
de su señor asíduo compañero,
entre los dos borrando la distancia
el poder de un cariño verdadero,
á conseguir llegó tal importancia,
que era administrador y consejero
y confidente y necesario amigo
de Nuño Garcerán el tal Rodrigo.

¡Dichoso aquel que encuentra de la vida
en la difícil y áspera carrera,
una existencia con la suya unida
por firmes lazos de amistad sincera:
de amistad perdurable, no nacida,
de interés vil, ó cálculo cualquiera,
sino de inclinacion mútua en los años,
que de ficcion no saben ni de engaños!

Blanca, tan tierna, candorosa y pura,
tal vez al buen Rodrigo miraria
con prevencion pueril, que amor procura
ser esclusivo en cuanto alumbra el dia.
Mas del de Nuño hallándose segura,
y que el tal confidente lo aplaudia,
tratándola sagaz con tacto sumo,
que al fin venciera su desden presumo.

Con tal amigo, con tan tierna esposa,
con alto nombre y con el rico estado,
la vida mas feliz y deliciosa
gozaba Nuño que al mortal es dado.
Cuando el son de la trompa belicosa,
cual ráfaga de viento inesperado
nubla el cristal de plácida laguna,
vino á nublar tan plácida fortuna.

De Garcerán la noble sangre enciende
el llamamiento á tan cristiana guerra.
La obligacion con que nació comprende
como ilustre señor de aquella tierra:
la voz del rey que lo convoca entiende,
levanta su pendon, y de la sierra
llamando á los hidalgos y pecheros,
forma gallarda hueste de guerreros.

Ya el caballo que suelto la llanura
tras las liebres y gamos recorria,
bajo el bruñido arnés y la armadura
generoso relincho al aire envia.
El arcabuz que al ciervo en la espesura
fulminó, y la ballesta que solia
un ánade matar, ó una paloma,
van ya á estinguir la raza de Mahoma.

El hidalgo, que solo de la caza
se daba al ejercicio en ocio blando,
ya vestida sobre ante la coraza
se ejercita de escuadras en el mando.
Y el labrador plebeyo olvida el haza,
que fecundó con su sudor, y ansiando
moros matar, embraza la rodela,
ciñe la espada, y alta gloria anhela.

Entusiasmado Nuño, alegre, activo,
de ocasion tal para mostrar contento
el noble esfuerzo y el valor altivo,
propios de su encumbrado nacimiento;
manifiesta que el cielo no fué esquivo
en darle el alto militar talento,
y aquel que á pocos hombres les concede,
sin el que gobernar ninguno puede.

Tambien instinto bélico demuestra
Rodrigo en los aprestos diligente,
ora pasando á las escuadras muestra,
ora instruyendo la bisoña gente,
ora con mano previsora y diestra
mirando por su dueño cual prudente,
tiendas, víveres, armas, municiones,
procurando á los nuevos escuadrones.—

Blanca solo, si bien ufana mira
bajo el bruñido arnés aún mas gallardo
al esposo gentil por quien delira,
que vestido del rústico tabardo;
con mil sutiles medios, que le inspira
su anhelante pasion, busca el retardo
de ausencia, que la aterra y la confunde;
y en un desconocido mar la hunde.

Viendo afanado siempre á su marido,
sin pensar mas que en la gloriosa guerra,
teme que su ternura dé al olvido,
y tal recelo sin cesar la aterra;
que amor es siempre de recelos nido
(en serlo sin cesar tal vez no yerra)
y esclusivo, absoluto, aislado, solo
quiere en las almas ser de polo á polo.

Mas ¡ah! Blanca se engaña, pues su amante
firme como del norte está la estrella,
¡jamás la amó tan ciego y delirante
como al tener que separarse de ella.
Y cual siempre acontece, en el instante
de irla á perder hallábala mas bella,
por no afligirla su dolor infando
en semblante y palabras ocultando.

Viendo al fin terminados los aprestos
Blanca, y cercano de la marcha el dia,
infantes y caballos ya dispuestos
á saludar la hermosa Andalucía;
y agotados al cabo los pretestos
con que aquella jornada suspendia,
ruega á Nuño con lágrimas y abrazos
que el corazon hiciéronle pedazos:

Que espere á que perfile y que concluya
de bordar con sus manos una banda,
que le prepara como prenda suya,
y en que hace tiempo trabajando anda:
para que este recuerdo disminuya,
y ayude á hacer, si puede serlo, blanda
de ausencia tan atroz la amarga pena,
á que el destino infausto los condena.

Y que logre tambien ser el escudo,
de amor que la labró por la influencia,
dó flecha enherbolada y plomo rudo
estrellen su diabólica violencia;
si se mostrase el cielo tan sañudo,
y á sus ruegos con tanta indiferencia,
que del maldito infiel no ponga estorbo
al tronante arcabuz y al arco corvo.

Nuño consiente, que es lo que desea,
y Blanca en su labor no se apresura;
pero toca el final de su tarea
por mas que dilatarla ¡ay Dios! procura.
Y coronando su amorosa idea
una cifra, prolija bordadura,
de perlas traza con los nombres juntos
de Nuño y Blanca en combinados puntos.

Pero ¡ay! al terminar labor tan rica,
al dar temblando la última puntada,
la aguja aleve se resbala y pica,
¡mal presagio! la mano delicada,
y de encendida sangre se salpica
la banda del amor... horrorizada
lanza un grito la linda bordadora,
y no el dolor mas el agüero llora.

No estaba lejos el amado esposo,
que vuelve dé adiestrar los escuadrones,
y herido del acento doloroso
atraviesa anhelante los salones,
y en alas del amor llega afanoso
dó sumida en funestas reflexiones
halla á su encanto, y con el lábio amante
las lágrimas le enjuga del semblante.

Y aprecia mas el don, porque el tesoro
de aquellas de su sangre gotas puras
le dan valor, que por las perlas, y oro,
que forman sus labores y figuras;
y talisman seguro contra el moro
lo estima, y prenda cierta de venturas;
esplicando entendido aquel agüero
de un modo para Blanca lisonjero.

El bosque al fin y una importuna loma
cubren el escuadron... un parasismo
á la infelice Doña Blanca toma,
y húndese del dolor en el abismo.
Nuño aun vuelve á mirar... mas ya no asoma
ni la alta torre, y fuera de sí mismo
se torna en hielo, un alarido exhala,
y la visera hasta los pechos cala.

Consuélale con cuerdas reflexiones
y lágrimas tambien el fiel Rodrigo;
¡gran cosa es escuchar en ocasiones
el dulce acento de afanoso amigo!
Pero para calmar sus aflicciones,
Ah! no lo lleva Garcerán consigo,
pues en la ausencia déjale el cuidado
de su adorada esposa, y de su estado.

Y ¡oh gran dolor! en la inmediata aldea,
despues de arreglos varios preventivos,
uno al otro los brazos le rodea
empinados los dos en los estribos.
Y vuelve atrás Rodrigo, y espolea,
y Nuño con mil gestos espresivos
le grita ahogado: *Cuidame á mi Blanca*,
y á las lágrimas dá salida franca.


VIERGE

brillaba ya la bienhechora lumbre,
del lucero del Gólgota, y veia
á la grande Isabel, y al gran Fernando
la garganta pisando
del islamismo con tan firme planta,
que jamás volvería
el brillo á oscurecer de la fé santa,
ni á profanar la hermosa Andalucía.—

Segura, en fin, España
de la estirpe agarena, tanta hazaña
famosa y nunca vista,
con que sus héroes la felíz conquista
lograron del imperio granadino,
celebraba gozosa:
aun sin saber que Dios iba el camino
con mano poderosa
á abrirle de otro mundo,
por favor de su gracia sin segundo.
Y ya la fama con su trompa de oro,
eterna voz, y cántico sonoro,
cruzaba mares, taladraba nubes,
prestándole sus alas los querubes;
y la insigne victoria difundia,
por cuanto alumbra el sol, y el mar enfria.
Y el español denuedo
sembraba en los paganos
terror, y helado miedo,
y gozo, y nuevo aliento en los cristianos.

Pasmando al orbe todo
el triunfo audaz, con que el linaje godo
la lucha de ocho siglos coronaba,
y con que aseguraba
la fé de Cristo, y su blason triunfante
desde el tirreno mar, al mar de Atlante.

Si: De doña Isabel, de don Fernando
católicos monarcas españoles,
de alta prudencia y de denuedo soles,
que hoy en gloria sin fin están brillando,
despojo era Granada.
Mas dije mal, porque despojo no era,
sino la mas preciada,
y la joya mas rica, y la primera
de la diadema espléndida española,
entre cuantas respeta el orbe, sola
de otras muchas formada por el cielo,
con incesante anhelo,
para en la augusta frente colocarla
de tan egregios reyes;
y en ella asegurarla
por las humanas, y divinas leyes.

Magnífico diamante,
rico joyel de la diadema augusta
del imperio español era Granada,
con su cielo radiante
que rara vez el huracan asusta,

con su sierra pirámide de nieve,
á quien, ni el cancro abrasador se atreve;
con su vega encantada,
de deleites tesoro;
con su Darro y Genil, que arrastran oro
en los raudales frios;
con sus cármenes verdes y sombríos;
con sus palacios mágicos de encajes,
y frágil filigrana;
con sus torres ligeras cual plumajes,
que el soplo de la cándida mañana
entre vapores húmedos parece,
que blando agita, y que risueño mece.

Si Urí inmortal, si reina de odaliscas
de alas de leve niebla, y pié de espuma,
con las galas espléndidas moriscas
fué la hechicera juvenil Granada;
ya por la gracia de los cielos suma
se mira transformada
en augusta matrona,
orgullosa, triunfante,
y con la frente de real corona
ceñida en vez del bárbaro turbante:
viéndola con profundo
respeto absorto el admirado mundo,
ya con la fé católica en el seno,
antes manchado del inmundo cieno
de torpes ceremonias y de ritos

por el cielo malditos;
y oyendo en sus mezquitas,
del báratro tremendo con espanto,
las palabras benditas
del Evangelio santo,
que alienta al siervo, y al tirano doma,
en vez de las blasfemias de Mahoma.
Y admirando en sus cármenes y Alhambras,
y plácidos jardines
las danzas castellanas y festines,
mucho mas nobles que agarenas zambras;
y en vez de Abencerrajes,
y Zegríes traidores,
poblada de linajes
mas altos y mejores,
mas bravos, y hazañosos,
y mucho mas antiguos, y gloriosos.



Todo era, pues, contento y alegría
justas, banquetes, y vistoso alarde,
desde el primer albor del nuevo dia,
hasta espirar los plazos de la tarde.
Y de danzas y orquestas,
régios convites y costosas fiestas
el plácido rumor y los concentos
daban vida á los vientos,
las sombras de la noche regalaban,

y el sueño de los astros arrullaban:
y alboradas risueñas
felicitaban á la blanca aurora,
cuando las altas peñas
de escelsos montes con su luz colora.

Tan solo Nuño Garcerán hundido
en afan melancólico se esconde,
y ni al aplauso universal responde
á su valor egregio conferido.
Pues su esfuerzo bizarro
á la vega encantó, y admiró al Darro:
siendo sus estandartes,
y sus bravos leoneses
nuncios de la victoria en todas partes,
sin temer de fortuna los reveses.
Y él, en el duro asalto
del régio alcázar colocó tan alto
su nombre, que la fama,
la flor de los guerreros le proclama.

Mas ¡ay! que de su patria, de su estado,
y de su tierna esposa separado,
no puede tanta ausencia
soportar de su pecho la vehemencia.
Y ni ostenta su gala en los salones
de los reyes, ni asiste á sus funciones,
ni luce en los jardines,
ni brilla en los festines,

ni en Vivarrambla en pisador ligero
ensangrentando el acicate de oro,
justa, ostentando su saber guerrero,
lidia, mostrando su destreza, un toro.

Y lejos del bullicio, y los festejos,
como está de placer y calma lejos,
solitario paséa
entre los altos olmos que menea
el zéfiro en la orilla
del Genil. Y en la noche triste vaga,
cuando la luna entre celajes brilla,
y la corriente cristalina halaga,
por los campos desiertos
de tibia luz y de vapor cubiertos:
y allí repite el nombre de su Blanca,
y hondos suspiros de su pecho arranca.

Há tiempo que carece
de nuevas de ella, y cuando no hay noticias,
ya infaustas, ya propicias,
la ausencia se parece
al sueño eterno de la tumba helada:
pues ó malas, ó buenas, son sustento
de un alma enamorada,
y dan vida á la ausencia y movimiento.
A su tierra ha enviado
uno y otro criado,
que no tornan jamás; cual si un conjuro

allá los detuviera,
ó cual si á su regreso se opusiera
un encantado impenetrable muro.

Confuso entre afanosos pensamientos
el triste se perdia,
amante firme, y tierno enamorado,
creciendo los tormentos
de su angustiado pecho cada dia,
de toda nueva de su bien privado,
cuando á mirar acierta,
que llega una mañana ante su puerta
en rocin sudoroso, y anhelante,
un villano leonés; en el tabardo
de tosco paño pardo
conoció que lo era,
como en las bragas y amarilla cuera.
Un vuelco dióle el corazon, se lanza
á salirle al encuentro sin tardanza,
y sin preámbulo alguno le pregunta,
latiente el pecho, la color difunta,
por carta y nuevas de su esposa amada.

El villano la mano venerada,
que es aquel su señor reconociendo,
le besa, de este modo respondiendo:
Mi alta señora, vuestra esposa bella,
de las montañas de Leon estrella,
salud cumplida tiene;

aunque siempre afligida la mantiene
vuestra ausencia, Señor, y noche y dia
pide llorosa, y con ferviente anhelo,
que os torne salvo á vuestra patria el cielo.
Yo habito la alquería,
que está de la cañada en los alcores,
entregado á las rústicas labores:
de allí el señor Rodrigo con gran priesa,
sin duda porque mucho os interesa,
partir mandóme, y con premura harta
poner en vuestras manos esta carta.

Confuso Nuño Garcerán la toma
con temblorosa mano,
y aunque lo que le ha dicho aquel villano
de Doña Blanca, centro de sus dichas,
le asegura, tal vez al rostro asoma
inquieta turbacion: pues que, un arcano
de míseras desdichas
en sí contiene el misterioso pliego,
le dice el corazon. Se encierra luego,
ábrelo palpitante,
y estos renglones se encontró delante.

Don Nuño, tan larga ausencia
empieza á perjudicaros,
y es mi obligacion llamaros,
que importa vuestra presencia.

Pues se alcanzó la victoria,
y se conquistó Granada,
donde veis acrecentada
de vuestra casa la gloria;

A librar á ella y á vos
de un abismo, que está abierto,
y que yo á evitar no acierto,
venid, y pronto por Dios.

Venid, que os llama un amigo.....
¡quiera el cielo no sea tarde!...
él os ayude y os guarde,
vuestro servidor, ***Rodrigo*** .

En tormentoso mar de confusiones,
que envuelve noche ciega,
leyendo estos renglones
el desdichado Garcerán se aniega.

Dice poco, es verdad, aquella carta;
mas tambien, harto dice,
para que hienda, y parta
el alma, y corazon á un infelice.

Y en el conjunto vago y sin colores
del oscuro compendio
se ven los resplandores
de un infernal, aterrador incendio:

Como se vé en el fondo de los mares
en confusion las rocas,
y sin forma, á millares
cruzar los tiburones y las fócas.

O cual tras negro tronador nublado
se vé, que arde, y que gira
meteóro encapotado,
nuncio fatal de la celeste ira:

Dó quiera que el discurso vacilante,
buscando conjeturas,
de Nuño, acude errante,
vé un piélago sin fin de desventuras

Y espectros y fantasmas espantables
le revuelan en torno,
mucho mas formidables
por no tener ni forma, ni contorno.

Y de aquellos fatídicos renglones
de tan infausto arcano,
consuelo en las razones,
quiere encontrar su mente, del villano.

Sí, nuevas favorables de su Blanca
le ha dado cual testigo;
mas el alma le arranca
notar que ni aun nombrarla osa Rodrigo.—

Aquel le dijo que constante llora
su ausencia, y este calla—
¿será que el uno ignora,
lo que otro el modo de decir no halla?...

¡Ay! este pensamiento le horroriza,
y arde en un fuego interno ,
que envenena y atiza
una mano invisible del infierno,

Y destrozado y roto en el combate
de temor y de duda,
se anonada, se abate,
sin luz los ojos y la boca muda.

Mas una pronta decision estalla
en su cabeza ardiente,
cuando en la cruel batalla
iba á doblar exánime la frente.

La de volar en busca de Rodrigo
á la nativa sierra,
y ver cual enemigo
allá le mueve tan estraña guerra—

Y las alas envidia voladoras
del águila altanera,
que cruza en pocas horas
todo el cóncavo espacio de la esfera.

Escondiendo á los suyos el viaje,
velóz caballo ensilla
y con humilde traje,
y con solo su afan vuela á Castilla.

Ya deja atrás las torres de Granada,
y la encantada vega,
y la Sierra nevada,
y al confin andaluz rápido llega.

Y lo vé galopar sin un respiro
el sol desde el oriente,
hasta acabar su giro,
apagando en el mar la crencha ardiente.

Y la luna y las trémulas estrellas
alumbran su viaje,
luciendo sus centellas
al través del vapor y del celaje.—

Atraviesa á Castilla, montes, rios,
valles profundos, nada
disminuye sus brios,
ni detiene la rápida jornada.

Y al rojo esclarecer de hermoso dia,
principio del verano,
cuando la aurora abria
la puerta de oro al astro soberano.

Vio Nuño aparecer azul un monte
aun de nieve vestido
allá en el horizonte,
y dióle el corazon hondo latido.

La sierra es de Leon donde su estado
tiene, y su dicha asiento;
y hácia ella arrebatado
lanza el corcel mas rápido que el viento.

A cada nueva, y conocida loma,
que descuella de lejos,
y cuando un punto asoma,
que blanquea del sol á los reflejos,

Sensaciones tan fuertes é indecibles
el corazon le agitan,
y tan indefinibles
pensamientos le hielan ó le irritan;

Que ya para sufrir tanto martirio
sin fuerzas, espoléa
en insano delirio
el alazan, que sin vigor jadéa.

¡Oh cuán breve, y cuán largo es el camino
que corre un desdichado,
si va donde el destino
le tiene algun desastre preparado! —



Al cabo Nuño en férvidos vapores.
que del valle se elevan,
descubre los alcores
de los estados que su nombre llevan.

Y al fin, del sol, que baja lentamente
al confin del espacio,
no lejos vé á su frente
la mole desigual de su palacio.

Y le parece aterrador coloso
que lo amenaza y mira;
y crespon doloroso
la leve niebla que en sus torres gira.

Y detiene de pronto la carrera
con toque tan forzudo,
que el caballo cayera,
á no sentir el acicate agudo,

Y lanza un grito, ó pavoroso trueno,
que el corazon hinchado
le dá un vuelco en el seno,
como si en él hubiera reventado.

Una encendida bomba es su cabeza
que á estallar va al instante,
y en toda su grandeza
la boca del infierno vé delante.

¡Mísero...! las fantásticas visiones
le cercan de su mente,
piérdese en ilusiones,
y no vé la verdad que está presente.

No vé á su encuentro por la misma senda
un hombre y un caballo
venir á toda rienda,
ni oye el recio pisar del duro callo.

Ni sale del delirio hondo, morboso,
hasta que el brazo amigo
le estrecha cariñoso
de su buen servidor, del fiel Rodrigo.

Reconócelo, abrázalo, suspira,
y la color difunta,
con hondo afan lo mira,
sin osar producir una pregunta.

Y Rodrigo tambien mudo, turbado,
y la color de cera,
la mirada, espantado,
de aquellos ojos evitar quisiera.

Descabalgan entrambos, y Rodrigo
estrechando la mano
de su señor y amigo,
le asienta al pié de un álamo lozano:

Cuando en un mar de fuego en occidente
pálido el sol se hundia,
su faz velando ardiente
sangriento nubarron, tumba del dia;

A la luz del crepúsculo borrosa,
mientras la suya daba
la luna candorosa,
que entre cumbres oscuras asomaba:

Tras de silencio breve, pero horrendo,
solos, y sin testigos,
tal diálogo tremendo
tuvieron entre sí los dos amigos.—

DON NUÑO.

A tu carta obedeciendo
en Leon me tienes ya,
¿qué males, pues, me amenazan?...
dílos, dílos sin tardar,
dílos, porque el alma tengo
en tan angustioso afan,
que de tus palabras pende
mi ansiosa vida quizás.

RODRIGO.

Señor, mi confuso lábio
no sabe cómo empezar;
pues hay cosas cuyos nombres

no acierta el bueno jamás.
y acaso es mas infelice,
en mayor angustia está
que el que infortunios aguarda,
quien los debe revelar.

. . . .

. . . .

DON NUÑO.

Apresura mi tormento,
ten de tu amigo piedad.
¿Vive Blanca?... si ella vive,
¿qué me importa lo demás?

RODRIGO.

¡Ay que has pronunciado el nombre,
que no osaba pronunciar!
Vive Doña Blanca, vive...
vive, sí, vive... ¡ojalá
que nunca vivido hubiera
para tu nombre afrentar!!!

DON NUÑO *(furioso)*.

¿Qué supones, miserable?..
¿qué alientas furia infernal?..
Prueba, prueba lo que dices,
ó mi furia probarás.
Mi Blanca es como el sol, pura,
es un ángel celestial.

RODRIGO (*turbado*).

Doña Blanca... es...

DON NUÑO.

¿Qué es?.. acaba
...¿te se pega al paladar
la lengua?.. ¿Qué es, dí, mi esposa?

RODRIGO.

Infiel!

DON NUÑO (*poniéndose de pié.*)

Mentira!

RODRIGO (*resuelto*).

Verdad!

DON NUÑO (*cayendo convulso.*)

Abrete, tierra, á mis plantas
y sepúltame voraz!

Como de rayo tronador herido
cayó convulso en tierra,
y lanzó un alarido
que estremeció los riscos de la sierra.

Y el confidente mudo y aterrado,
hecho estátua de hielo,
inmóvil quedó á un lado,
fijos los turbios ojos en el suelo.



Don Nuño destrozándose furioso
la túnica y el pecho,
revuélcase anheloso
sobre la yerba de dolor deshecho.

Rodrigo al cabo á su socorro viene,
levanta al infelice,
lo anima, lo sostiene
y con voz balbuciente así le dice:

RODRIGO.

Volved en vos, señor mio,
¿Dónde vuestro esfuerzo está?
¿Queréis morir sin venganza?

DON NUÑO *(reanimándose.)*

¡No, Rodrigo, no, jamás!
Cuéntame, cuéntame todo,
tranquilo te escucho ya.

RODRIGO.

¿Y qué puedo yo contaros?....
vuestros ojos mismos van
á decíroslo al momento.
Y pues nadie sospechar
puede, señor, vuestra vuelta,
y la noche, y el disfraz
esconden vuestra persona,
venid tras de mí y callad.

Como al conjuro de potente mago
un cadáver camina,
asi con paso vago
va Nuño entre la niebla blanquecina.

Atravesando el bosque con su amigo
en silencio profundo,
mas llevando consigo
todo un infierno aterrador del mundo.

Y su planta vacila á cada instante,
y no mas firme acaso
es la que de él delante
tiende Rodrigo con incierto paso.

Y no se escucha mas que el rumor leve
de espesos matorrales,
que su marcha remueve
al través de barrancos y de heriales.

Y la respiracion de ambos viajeros
estertor parecia,
del que ya en los postreros
afanes juzga escasa el aura fria.

Iban como al través de honda cañada
entre encinas y pobos,
buscando la manada
de ovejas, van dos carniceros lobos.

Y los ojos de Nuño relumbraban
cual brasas encendidas,
y acaso espanto daban
á las aves del todo aun no dormidas.

Y lumbre azul, cual arde sobre un muerto,
los ojos de Rodrigo
daban en el desierto,
sin osar revolverlos á su amigo.

A poco tiempo llegan á una puerta
del jardin del palacio,
que sin rumor abierta
da entrada franca al encantado espacio.

Y enfrente allí de un cenador de hiedra,
dó una lámpara ardia,
y una mesa de piedra
refrigerios, y frutas ofrecia;

Entre las murtas, troncos y follaje
quedan entrambos bultos,
por fin de su viaje,
en gran silencio, sin moverse, ocultos.

Tal se esconde alevoso en la enramada
el cazador, y espera
la cierva descuidada
que baja por la noche á la ribera.

¡Ah buen Rodrigo!... tu amistad constante,
tu gratitud ardiente
te arrastran tan distante,
que no hallarán disculpa en el prudente.

De honradez y lealtad tan alta prueba,
¿no vés, oh fiel Rodrigo,
que al precipicio lleva
al que proclamas protector y amigo?

¿Cuánto mejor te fuera, ó tú vengarlo,
si impedir no pudiste
el mal, ó que ignorarlo
por largo tiempo consiguiera el triste?

¡Ay, hasta la virtud, hija del cielo,
los míseros mortales,
por imprudente anhelo,
pueden mina fecunda hacer de males!

¡Cuán clara y refulgente,
espléndido topacio,
en el celeste espacio
ostentaba la luna su esplendor!
Con sonrisa inocente
dormida entre celajes,
delicados encajes
de leve niebla y cándido vapor.

Y su luz argentina
por lomas y collados,
y silenciosos prados
se gozaba apacible en resbalar;
Y la pomposa encina,
y el contorno del monte
en el vago horizonte,
de nacar sobre nube, en dibujar.

Dejando al valle hondo
tiniebla misteriosa,
que nadie mirar osa
temiendo algun fantasma descubrir;
Y solo allá en el fondo
dejaba en la corriente
del rápido torrente
breve y fugaz destello relucir.

En calma estaba el viento,
y el aura revolando,
y en silencio besando
las soñolientas flores del jardin,
Robábales su aliento,
y con él perfumaba
y en bálsamo tornaba
el ambiente hasta el último confin.

El silencio profundo
tan solo interrumpia,
la fuente que corria,
y el acento de un tierno ruiseñor:
Dijérase que el mundo
en sueño regalado,
dormia reclinado
en el inmenso seno del Criador.

¡Ah! Noche tan hermosa
tranquila y apacible
que encubra no es posible
perfidia, engaño, crímen y traicion.
Si alma hay tan horrorosa,
que á turbarla se atreva
sobre su frente llueva,
el fuego de la eterna maldicion.

Mas ¡ay! que la influencia
de su apacible calma
no tranquiliza el alma
del furibundo Nuño Garcerán.
Y cuando su impaciencia
á atropellar por todo
iba, y de cualquier modo
á dar un fin á su angustioso afan;

Y apenas ya podia
la mano de su amigo
el ejemplar Rodrigo,
contener su impaciencia y su altivez;
En lejana abadía
el reló resonando,
que el tiempo iba ajustando,
dió con gran pausa campanadas diez.

Y á la puerta aparece,
del vecino palacio,
en el oscuro espacio
de pronto una hermosísima mujer.
Mujer que resplandece,
aparicion divina,
de aquellas que imagina
la inocencia en ensueños de placer.

Talle esbelto, elegante,
y formas delicadas,
que lucen adornadas
con veste de blancura virginal.
Y un pálido semblante
sobre el cuello flexible,
tan bello y apacible,
y de espresion tan noble y celestial,

Cual rara vez el suelo
vé, cuando de belleza
quiere naturaleza
darle un tipo ostentando su primor
Y que tan solo el cielo
reveló al soberano
ingenio, y á la mano
del grande Urbino, el inmortal pintor.

Toda ella iluminada,
sobre aquel fondo oscuro
encuadrado en el muro,
por la luz de la luna vertical
Con el claror mezclada,
de la llama, que brilla
oscilante, amarilla,
dentro del cenador en un fanal;

Parece la figura
de la divina maga,
aparicion tan vaga
de misterioso y singular color;
Que no humana criatura
del mundo se creeria,
sino una fantasía,
un conjunto de luz y de vapor.

Don Nuño arrebatado
por tal vision divina
casi la frente inclina,
casi olvida su furia y su ansiedad.
Cuando ponerse al lado
vé de aquella belleza,
con familiar franqueza,
un mancebo gentil de corta edad.

De risueño semblante,
de noble corpulencia,
de gallarda presencia
brotando actividad, vida, espresion:
Y con traje elegante
de rojo terciopelo,
y sobre el rubio pelo
una toca adornada de un airon.

Lanzó Nuño un rugido
profundo, ahogado, interno,
que se oyó en el infierno,
aunque apenas se oyera en derredor
Y ciego, enfurecido,
con el hierro desnudo,
iba... Pero forzudo
sujetó el fiel Rodrigo su furor.



El jóven, y la hermosa,
alegres, descuidados,
y del brazo enlazados
discurren un momento en el jardin.
Y su charla amorosa,
esparciendo un murmullo
como apacible arrullo,
dentro del cenador entran al fin.

Ella en rica almohada
de brocado se sienta,
y de pié le presenta
frutas y flores el gentil garzon.
Quien viendo preparada
arpa sonora á un lado,
púlsala arrebatado,
y entona esta dulcísima cancion.

«En noche tétrica
»de desventura
»y de amargura
»me iba ya á hundir;
»Cuando la fúlgida
»luz de una estrella
»benigna y bella
»ví relucir:
»Y eras tú, Blanca mia,
»la estrella de consuelo y de alegria.

»En negro vértigo
»agonizaba,
»mi pié tocaba
»ya el ataud,
»Y un dulce bálsamo
»bebí anhelante,
»y hallé al instante
»vida y salud:
»Y eras tú, Blanca mia,
»el bálsamo que tanto conseguia.
»Blanca, sí
»todo á tí
»de polo á polo
»lo debo solo.
»Sin tu âmor,
»y favor
»fuera mi suerte
»mísera muerte:
»Porque eres, Blanca mia,
»bálsamo de salud, sol de alegria.»

Aqui llegaba en su cancion, mirando
con arrasados ojos y semblante
á la dama el doncel; cuando anhelante
ella, el rico almohadon abandonando,

Se acercó á él con cariñoso esceso,
y en la mejilla juvenil y hermosa,
con la emocion del canto ardiente rosa,
le imprimió un blando y delicioso beso.

Rodrigo suelta entonces á don Nuño,
que como flecha despedida arranca,
y en el seno infeliz de Doña Blanca,
hundió la daga hasta el dorado puño.

El mancebo de pronto en su defensa,
tarde era ya, sacrificarse quiere,
y el mismo acero lo recibe, y hiere
y abre en su tierno pecho herida inmensa.

Al desplomarse en brazos de la muerte,
Blanca infeliz, y en el postrer desmayo,
cuando juzgó que la mataba un rayo,
quien es su matador ¡mísera! advierte.

Y ¡oh Nuño!!! esclama en el postrer aliento,
y Nuño redoblando con oirla,
su furor infernal, torna á embestirla,
que solo de su muerte está sediento.

Y cébase cual hiena furibunda,
en el cadáver con horrible estrago;
bañándose frenético en el lago
de sangre, que el jardin, cálida inunda.

Cuando huracan horrísono rugiente
baja de pronto desde la alta sierra,
los árboles altísimos aterra,
y el cenador y lámpara eminente.

Embiste silbador con recio empuje
el palacio, y lo mece, y lo fulmina,
las gigantescas torres arruina,
y el muro roto se desploma y cruje.

Y la luna purísima envolviendo
en borrascosas nubes espantables,
con espesas tinieblas impalpables
cubrió aquel espectáculo tremendo.

Nuño de un trueno al espantoso grito,
de sí mismo medroso, y aterrado,
y creyendo que el orbe ha caducado,
del Sumo Sér, que lo formó, maldito;

Por el áspero monte huye cobarde,
de cuando en cuando deslumbrado y ciego,
de súbitos relámpagos al fuego,
en que juzga que el globo todo arde.

Asi recien formado, con profundo
terror, vagar por anchas soledades,
envuelto en espantosas tempestades,
al primer homicida miró el mundo.

